

INTERIORIDAD Y ALTERIDAD: LA RECEPCIÓN DEL MUNDO COMO RECREACIÓN DEL SENTIDO EN EDITH STEIN

Cecilia Giudice*

1. UN ANUNCIO QUE ES VISITA, UNA VISITA QUE ANUNCIA

*Yo soy, el que habla contigo.
(Jn 4, 26)*

Intentaremos en este trabajo vincular la noción de “hospitalidad” como presupuesto y predisposición para la recepción del mundo, y algunos conceptos que en ella se implican (recepción e interioridad, encuentro y alteridad) al concepto «*das Gemüt*» con el que Edith Stein se refiere en sus escritos al “corazón”, el “centro del alma”, el “núcleo personal”. Queremos establecer posibles conexiones entre ciertas dimensiones de la persona humana como la interioridad y la capacidad de vivenciar al *otro* –la experiencia de la alteridad o *empatía*– y las diferentes maneras de practicar la hospitalidad. Lo haremos contemplando la figura de la Virgen María como quien *acogió al Verbo* en sus entrañas y *desde donde* éste se hizo carne (Cf. Lc 2...).

Sabemos que lo que relatan los Evangelios sobre María no es abundante; sus rasgos se nos revelan a través de sus contundentes *gestos* mucho más que en sus palabras. Nos detendremos con atención

* Pontificia Universidad Católica Argentina / Albert-Ludwig-Universität Freiburg. ceciliagiudice@uca.edu.ar

en las escenas de la Anunciación y de la Visitación. Cada reflexión está encabezada por una cita clave en esa escena y por un mosaico del artista esloveno Marko Rupnik que nos parece que ilustra el aspecto de la escena bíblica que queremos destacar.

La hospitalidad como *actitud* implica dos movimientos: el de recepción o acogida, en primera instancia y más inmediata, y el de salida al encuentro en dirección hacia el *otro*, en segunda instancia y tal vez más implícitamente pero en todo caso presupuesto. Con la Anunciación queremos vincular la noción de *hogar* como signo de la *interioridad* de la persona humana, tal como lo describe Edith Stein. Con la Visitación, el acento estará en el aspecto de la *alteridad* a partir del *encuentro* –o los múltiples encuentros–, que se dan en este pasaje.

2. LA HOSPITALIDAD COMO RECEPCIÓN: LA INTERIORIDAD COMO «HOGAR»

Pensar en la hospitalidad conduce a pensar en una multitud de realidades. Se suponen al menos dos sujetos; se exige de ellos ciertos actos y actitudes; se necesita de la espacialidad, la existencia de un lugar –material y/o espiritual–. Hasta para los sentidos, la memoria y la imaginación, remitirnos a la hospitalidad es remitirnos –tal vez a modo de vuelta consciente a alguna vivencia, re-cordando, volviendo a pasar por el corazón– a la sensación de calor, de calidez, de tranquilidad y distensión, de gratitud por el lugar ofrecido, de alegría ante el huésped recibido. Es dirigirnos a un punto de llegada, de reposo. Implica el fin de un movimiento hacia otro lugar, el detenerse en el camino. Puede darse como fruto de una iniciativa personal o simplemente consistir en la aceptación de una invitación de otro. En primer lugar, haremos referencia a la dimensión intersubjetiva de la hospitalidad, que se desglosa en sus términos constitutivos: los sujetos.

En la base de toda experiencia de hospitalidad hay un sujeto que recibe y otro que es recibido. Hay un sujeto que sale y llega, y otro que espera y permanece. Hay un lugar de encuentro entre los dos, pero no es cualquier lugar. Hospedar es recibir en la propia casa, o más aún: en el propio *hogar*. Pero este no es un asunto exclusivamente edilicio ni inmobiliario, sino que implica algo mucho más profundo. Por eso debemos dirigir la mirada hacia esta dimensión constitutiva de la persona humana que es prerrogativa de esta vivencia: el espacio interior del *corazón*.

El pensamiento de Edith Stein ofrece una riqueza digna de ser apreciada en lo que respecta a este “terreno”. Ella reconoce en la persona humana una unidad corpóreo-anímica, la entiende como un

“todo que siente, piensa, quiere y obra”¹. En el alma humana, junto con la voluntad y el entendimiento, Edith Stein distingue otra potencia, designada con la palabra alemana «*Gemüt*», cuya complejidad como realidad está en consonancia con las dificultades que presenta su comprensión conceptual (que además no recibe una única traducción en nuestro idioma). Nos consta que a lo largo de sus escritos hace explícitamente esta tripartición de las potencias superiores, a saber: “entendimiento, afectividad [*Gemüt*] y voluntad”; “las más altas potencias y dones: razón, corazón [*Gemüt*] y voluntad.” Distinguiendo las funciones de cada una de esas potencias, ubica “en el entendimiento, la recepción exterior del mundo; en el ánimo [*Gemüt*], la confrontación interior con el mundo; en la voluntad, la proyección de sí mismo en el mundo exterior.” Luego lo describe como un “espacio interior” donde los sentimientos, las tomas de postura [*Gemütsstellungen*] y los afectos tienen su lugar específico. También lo define como “la capacidad de ser conmovido interiormente por lo conocido y por el ser propio”.² Al ser un concepto difícil de ser nombrado, vamos a llamarlo de aquí en más deliberadamente “corazón” o a veces directamente “*Gemüt*”, ya que en las citas en español que incluiremos, no siempre se traduce de la misma manera, y es posible que haya que esgrimir la confusión de “ánimo” [*Gemüt*] con “alma”. Por momentos se identifica un concepto con el otro, y por momentos la autora misma sugiere diferenciarlos, al tiempo que nos descubre nuevos aspectos:

cuando se refiere a [*Gemüt*] también con «alma», se está aludiendo al «alma del alma» [»*Seele der Seele*«], esto es, a aquella región en donde el alma está cabe a sí misma [*die im Gemüt bei sich selbst ist*], al punto en el que se encuentra a sí misma tal y como ella es y *en el estado* en que se halla [...]. El «alma del alma» es de naturaleza espiritual, y el alma como un todo es un ser espiritual.³

¿A qué llama entonces Edith Stein “*el alma del alma*”? ¿Qué significado reviste en el marco de su antropología? La definió como “aquella región en donde...”, un lugar que, por tener su sede en el alma, es de naturaleza espiritual. Ese “lugar” del alma es nada menos que “el

1 E. Stein, *Ser finito y ser eterno. Un ensayo hacia la ascensión del ser*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 379. En adelante: *Ser finito*.

2 Cf. E. Stein, *Acto y Potencia. Estudios sobre una filosofía del ser*, en *Obras Completas III: Escritos filosóficos. Etapa de pensamiento cristiano*, Burgos: Monte Carmelo, 2007, p. 372 ss.

3 E. Stein, *La estructura de la persona humana*, en *Obras Completas IV: Escritos pedagógicos*, Burgos, Ed. Monte Carmelo, 2007, p. 236.

punto en el que se encuentra a sí misma tal y como ella es”. Es como “el hogar” del alma, donde el yo puede encontrarse con lo que realmente es, donde puede posicionarse ante su propia mirada y adentrarse en el misterio de su esencia. Stein contempla que “el ser humano [...] está triplemente formado: es elevado al espíritu, configurado en el mundo exterior a través del cuerpo, y sin embargo es solamente en el alma donde está verdaderamente como en casa”⁴. No es casual que en el idioma alemán el adjetivo “*gemütlich*” se use para expresar comodidad, acogida, sensación de hogar. Así le sucede al alma: “en su interioridad el alma se abre a sí misma; [...] siente *lo que ella es y cómo es*, de un modo oscuro e inefable que le presenta el misterio de su ser *en cuanto* misterio, sin descubrirse”⁵. Se percata de esto Anneliese Meis cuando señala que “nuestra autora penetra en lo que tiene de más profundo el ser humano, «*el alma del alma*», el espacio más íntimo donde descansan los deseos más profundos.”⁶

Regresando al concepto de “hogar” entendido como el lugar –inmaterial, no físico– donde tiene su sede la interioridad de la persona, Stein misma asemeja al *Gemüt* “como un «espacio interior» y los sentimientos, las tomas de postura del ánimo [*Gemütsstellungnahmen*], los afectos (...) tienen su «lugar» específico en este espacio.”⁷ Es donde habita lo más propio del sí mismo: semejante al *corazón* en el sentido agustiniano, o a las *entrañas* –*Rahamim* según la tradición hebrea de la que Edith Stein es parte. Es entonces ahí donde lo más propio del otro puede hallar digna acogida. No es posible dar verdadera acogida si no se ofrece lo más cálido de sí mismo al otro. Cuando se recibe a otro en la propia casa, para que se dé verdadera hospitalidad, se le debe hacer lugar también en el propio corazón. Citando a R. Guardini, “ha de ser recibido también su espíritu. Y esto no se logra con meterlo para adentro, sino que depende de la calidez del recibimiento, de crear al huésped un ambiente que lo haga sentirse como en su casa”⁸.

Para ofrecer verdadera hospitalidad, por tanto, se debe tener experiencia del propio corazón como un hogar digno de ser habitado; se debe poder estar “dentro de sí” y sentirse cómodo, “como en

4 Cf. *Ibidem*.

5 Edith Stein, *Ser finito y ser eterno*, en *Obras Completas III*, op. cit., p. 1030

6 A. Meis, “Feeling and its theological relevance in the formation of the human person according to Edith Stein”. *American Catholic Philosophical Quarterly* 91.2 (2017): 175-198, p. 189. Traducción propia: “[...] *our author penetrates what is deepest in the human being, «the soul of the soul», that most intimate space where profound human desires remain.*”

7 Edith Stein, *Acto y potencia*, en *Obras Completas III*, op. cit., p. 372.

8 R. Guardini, *Cartas sobre autoformación*, Bs. As., Lumen, 1996, pag. 36.

casa". Esta vivencia es el reconocimiento de la interioridad como el "lugar más personal" al que se puede "ir" sin necesidad de trasladarse. También supone el poder detectar los movimientos del *Gemüt* como tomas de postura frente a lo recibido del mundo, como objeto conocido, sentido, querido. Reconocemos en esta vivencia de la interioridad como *hogar* el presupuesto básico de toda experiencia de hospitalidad ante un otro que no-soy-yo y que llega a mí, cuyo sentido me está ahí delante.

Volvamos la mirada ahora a la figura de la Virgen María, quien inspira como hilo conductor nuestras reflexiones. En esta primera parte, vinculado al concepto del "hogar", nos situamos en la escena de la Anunciación, donde María recibe el saludo del Ángel y con él, el llamado de Dios, que le dirigió la palabra *en su propia casa*. Sólo en la profundidad del corazón es posible escuchar la voz de Dios, ya que es ahí donde resuena lo valioso. Lo valioso, cuando "habla", llama. A este respecto, Stein se refiere a la Belleza como encarnación de lo valioso, y sostiene que

la belleza exige que yo me abra interiormente a ella, que yo haga que mi interior quede afectado por ella, y mientras no se establezca ese contacto, mientras yo le deba la respuesta que ella me exige, ella no se me descubrirá por completo; la intención, que reside en el mero acto de conocer, permanece incumplida.⁹

Entonces sólo desde el corazón es posible, también, responder personalmente a esa voz que convoca en razón de su valía. Para eso es necesario dar primero auténtica acogida a esa Voz en la casa del corazón. "En la hospitalidad somos «un cuerpo a la escucha»: desapego que abre el corazón en la disposición del oído para acoger la Voz. Este amor hecho Voz da origen al fenómeno de la «repercusión», la cual no sucede a causa de la intensidad del sonido sino por plenitud de lo que se dona sin más."¹⁰

Dijimos anteriormente que en la hospitalidad deben darse dos actores: quien recibe y quien es recibido. Del lado de quien escucha, acoge y responde, afirmamos con Stein que quien dispone de su sí mismo como un hogar propio, es capaz de escuchar, acoger y responder a lo valioso.

9 E. Stein, *Individuo y comunidad*, en Obras Completas II, *Escritos filosóficos. Etapa fenomenológica*, Burgos: Monte Carmelo, 2007, p. 370-371

10 C. Avenatti, *Hospitalidad nupcial y escritura: la antropología cisterciense en la poesía de Christophe Lebreton* [en línea]. Franciscanum. 2020, 62 (173). Disponible en: <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/9919>, p. 10

María, la “mujer del sí”¹¹, encarna hasta las últimas consecuencias el señorío de su propia interioridad –en tanto capacidad de acogida– y de su propia responsabilidad –en tanto habilidad para responder–:

el hombre está llamado a vivir en su interior y a ser tan dueño de sí mismo como únicamente puede serlo desde allí; sólo desde allí es posible un trato auténticamente humano aun con el mundo; sólo desde allí puede hallar el hombre el lugar que en el mundo le corresponde.¹²

En el episodio de la Anunciación, le es manifiesta a María su propia identidad y sentido ya en el momento del saludo del Ángel: “llena de gracia”, “favorecida por Dios” (cf. Lc 1, 28-30). En las palabras siguientes del anuncio está contenida la misión de María, en profunda vinculación con los dones con que fue enriquecida y preparada: “concebirás y darás a luz un Hijo... él será grande y se llamará Hijo del Altísimo” (cf. Lc 1, 31-32). El estupor de María ante la irrupción de la voz del Ángel –la Voz de Dios– nos refiere su consciencia de la gravedad de este acontecimiento y sus implicancias: “ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo” (Lc 1, 29). Este mensaje inconmensurable de parte del Todopoderoso le habló a su centro más propio, al lugar de su unicidad, le comunicó que su existencia única es siempre nueva.

3. HOSPITALIDAD: EL ENCUENTRO CON LA ALTERIDAD

El diálogo *de corazón a corazón* con el Ángel despertó en María su más profundo autoconocimiento y el reconocimiento de su propio valor. La Virgen expresó estas vivencias con las palabras del *Magnificat*, que transcribimos a continuación (Lc 1, 47-55):

*Mi alma canta la grandeza del Señor,
y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador,
porque él miró con bondad la pequeñez de su servidora.
En adelante todas las generaciones me llamarán feliz,
porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas:
¡su Nombre es santo!
Su misericordia se extiende de generación en generación
sobre aquellos que lo temen.
Desplegó la fuerza de su brazo,*

11 Francisco, Viaje Apostólico a México, 2016. Homilía de la Misa en la Basílica de Guadalupe, 13 de febrero de 2016. Disponible en: <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/travels/2016/outside/documents/papa-francesco-messico-2016.html>

12 E. Stein, *Ciencia de la cruz*, Burgos, Monte Carmelo, 1994, p. 189.

*dispersó a los soberbios de corazón.
Derribó a los poderosos de su trono
y elevó a los humildes.
Colmó de bienes a los hambrientos
y despidió a los ricos con las manos vacías.
Socorrió a Israel, su servidor,
acordándose de su misericordia,
como lo había prometido a nuestros padres,
en favor de Abraham y de su descendencia para siempre.*

Lejos de ser un manifiesto autorreferencial, María eleva un canto a la grandeza de Dios por lo que Él obró en ella. Sin embargo, este canto dista de ser un relato intimista, ya que reconoce la plena Gracia el paso de Dios por la historia, la manera en que la misericordia del Todopoderoso se encuentra con la miseria humana de generación en generación. María canta su encuentro personal con Dios a la luz del contenido de su fe vivida en una historia concreta. Pero lo que la voz de Dios suscitó –y solamente la voz de Dios sería capaz de suscitar– en María no son solamente palabras, por más certeras que estas sean: se puso ella en camino, en un movimiento centrípeto que la llevó a visitar a su prima Isabel. Es este episodio, el de la Visitación, al que ahora nos dirigimos.

La hospitalidad no consiste solamente en ofrecer el espacio o dar lugar; es hacerle sentir al otro que es amado y, también, hacérselo notar. Se requiere cierta proactividad. La hospitalidad implica pensar de antemano en las necesidades que le puedan llegar a surgir al *alter*, y adelantarse a cubrirlas. Es una compasión *proactiva*. Es un sentir-a-una, ofrecer mi compañía antes de que me lo pidan. Implica primero una atención verdadera, una capacidad de mirar la situación del otro, o de escuchar cómo está, y enseguida pensar respuestas adecuadas ante una demanda tal vez implícita. Y esto es precisamente lo que contemplamos en María cuando, embarazada de Jesús, visita a su prima Isabel, embarazada de Juan el Bautista. En la escena de la Visitación, podemos rescatar aún otros aspectos de la hospitalidad, haciendo foco en los sujetos que la protagonizan.

En primer lugar, más que en Isabel –la dueña de casa en este pasaje–, nos parece que reluce la hospitalidad en María, que es paradójicamente quien visita. El relato evangélico está centrado en la madre de Jesús, que partió sin demora al pueblo de la montaña donde vivía su prima, entró en la casa y la saludó (cf. Lc 1, 39-45). María toma la iniciativa; después de ser visitada por el Ángel, con audaz empatía, se dirige al encuentro de aquella pariente que está en una situación análoga a la suya. Cabría pensar, por qué no, que María llegó “de sorpresa”, como en puntitas de pie, y provocó las exclamaciones de su

prima que nos relata el evangelista Lucas. Pero estas exclamaciones no se deben a una presunta sorpresa sin más. Para Isabel, la presencia de María es transformadora: se reconoce a sí misma especialmente bendecida porque la madre del Señor llegó para visitarla. Y esa visita a su vez le revela a Isabel que, tanto quien tiene un encuentro personal con el Dios vivo, como quien cree en sus promesas, son felices.

En segundo lugar, dijimos en el punto anterior que sólo en lo profundo del corazón es posible el encuentro con el Dios verdadero. En el momento de la Visitación, Juan e Isabel *se conmueven desde las entrañas* ante la presencia de Cristo y su Madre. También María canta que todo su ser *se estremece de gozo* en Dios, luego del saludo de Isabel. Observamos en los detalles de este pasaje evangélico cómo en María, en Isabel y en Juan, gracias al encuentro con Cristo, se pone en movimiento toda la persona en su integridad: lo conocido genera un movimiento afectivo que se traduce en acción. Según la mirada de Stein, en esa integridad se revela la *disposición* de la persona, esto es, sus potencias permanentes:

la capacidad de emplear las formas, de adquirir nuevas formas y de conocer a través de ellas (Intelecto); la capacidad de ser conmovido [puesto en movimiento] interiormente por lo conocido y por el ser propio, o sea, por lo que se es en sí mismo (el ánimo [*das Gemüt*]); y la capacidad de ponerse a hacer algo por sí mismo, la capacidad de actuar y organizarse espontáneamente (la voluntad, las fuerzas prácticas y creadoras).¹³

Sin embargo, lo que se “aviva” en ellos a partir de este encuentro con Cristo no son solamente sus potencias, sino aún otra dimensión más profunda, ese espacio íntimo y personal, el último rincón del alma, el *centro* o núcleo personal. Cuando Stein se refiere al *Gemüt*, además de la potencia que capta el valor de los objetos del mundo y se conmueve por él, también está designando esta raíz afectiva, sede de la peculiaridad personal, el “hogar” del corazón:

el sujeto [...] acoge el mundo con el espíritu. También recibe en su alma impresiones del mundo. Pero esas impresiones no mueven directamente al alma. Ésta las acepta precisamente desde aquel centro. [...] El bullicio de la vida anímica natural no toca el centro, que es el lugar de la libertad y el punto de origen de la actividad.¹⁴

13 E. Stein, *Acto y Potencia*, op. cit., p. 396 – 397.

14 E. Stein, *Naturaleza, libertad y gracia*, en *Obras Completas III*, op. cit., p. 105.

Isabel descubre la felicidad de los creyentes; Juan salta de alegría, como despertando y asumiendo su identidad de profeta; María proclama la grandeza de Dios en su pequeñez. Todos ellos hospedan a Cristo y son trastocados por su visita. Quienes lo reciben en lo más hondo de su ser y activan todas las facetas de su persona, se convierten en factores de transformación a su alrededor.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN: «TODO ENCUENTRO CREA Y REDIME»

*...ist aber Wirklichkeit ein Kraftfeld,
das André mir zurückleiten wird
wie zu seinem natürlichen Standort*
(Simone de Beauvoir, *Das Alter der Vernunft*)

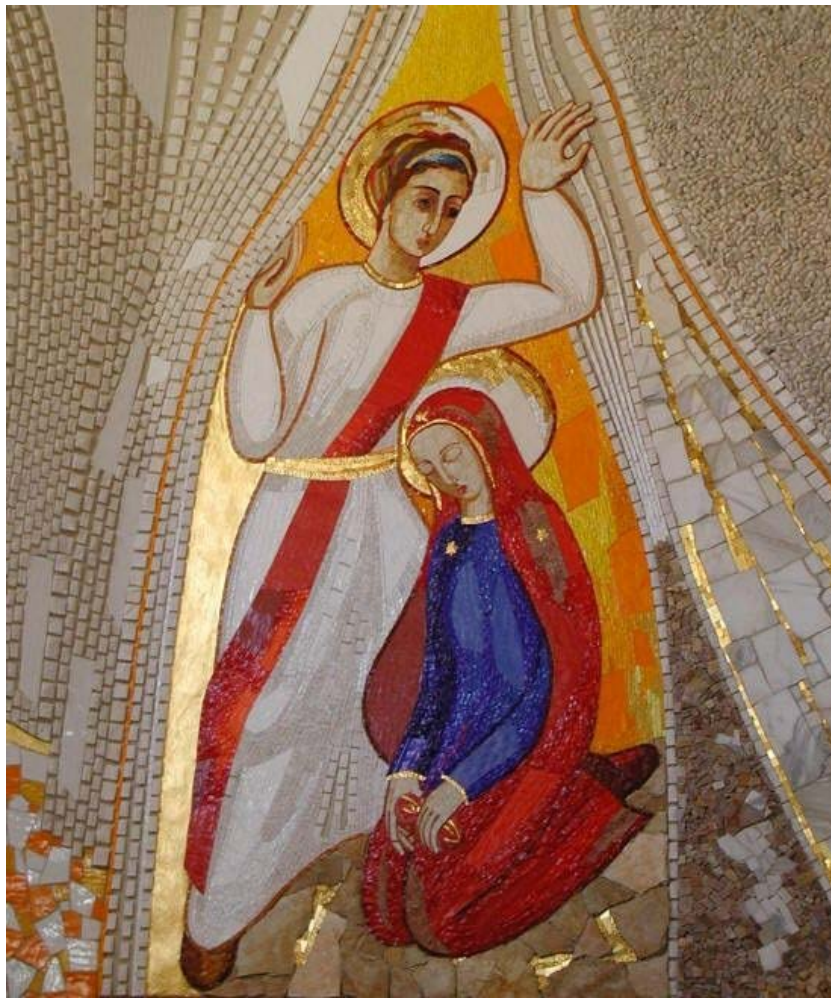
Normalmente pensamos que quien recibe debe abrir su casa para dejar entrar. Y sí, lógicamente, ¿cómo se podría entrar ahí donde está cerrado? ¿Cómo se accede a lo (aparente o realmente) inaccesible? Sin pensar en un acto de violencia o en un milagro, esto es imposible. Sin embargo, podemos afirmar que también quien es hospedado debe “abrir su casa”: debe hacerse ver y dejarse acoger por otro, debe manifestar su necesidad de hogar. Quien es hospedado debe abrir su corazón, debe perpetrar su papel de “otro” con todo lo que eso significa. Si no hay verdadera presencia, no puede haber verdadera acogida. El acto de la hospitalidad se consume cuando hay dos puertas abiertas, cuando dos corazones se reciben mutuamente. No es uno el que recibe al otro, sino que ambos se reciben. Quien da lugar y quien toma lugar –los dos actores participantes en la hospitalidad– deben propiamente *ser* y estar presentes ante el otro. Quien ofrece su morada ofrece su corazón. Quien ofrece su corazón ofrece su intimidad, lo más propio de sí, para que el otro disponga de ello con total libertad. Quien visita con el corazón o desde el corazón es capaz de producir efectos creadores o recreadores en quien es visitado.

De la mano de Edith Stein, creemos que hay una conexión especial entre la vivencia de la propia interioridad y la capacidad de empatía con la interioridad ajena. Creemos que el modo de vivenciar el propio interior repercute en la vivencia de la alteridad. Creemos que existe una vinculación entre la capacidad de vida interior y la capacidad de hospitalidad. Cuanto más capaz sea un *yo* de vivir en su profundidad, mejor será su capacidad de hacer sentir a otro como en casa, de recibir a otro en su intimidad, de conectarse con la intimidad de otro; y también de ser recibido, de dejarse cobijar. Cuanto mayor sea su capacidad de detectar y abrazar su propia vulnerabilidad, mayor será su capacidad de pedir ayuda, de descubrir su debilidad y animarse a *hacerse ver y dejarse acoger*.

Todo encuentro, si es verdadero, crea algo que antes no existía. Todo encuentro es capaz de suscitar lo que necesita ser restaurado. Dios mismo es garante de esto, al ser Él Trinidad, relación, donación de amor continuos, y porque es la fuente de toda bondad de sus criaturas.



«¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a visitarme?» (Lc 2, 23) (Imagen: Marko Rupnik, *La visitación*)



El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: «¡Alégrate, llena de gracia!» (Lc 1, 28) (Imagen: Marko Rupnik, *La anunciación de María*)